

éxito, el legítimo y que se conquista en caballeresca lid. Mientras tanto, el autor no hace distinciones: el éxito en sí lo fascina, lo ofusca; todo, para él, parece reducirse únicamente á «llegar»... Y no es posible prestar acatamiento á prédica semejante: quien no tenga polilla en la lengua, por más que temporize, habrá de formular la protesta, enérgica y sin contemplaciones, que aquella doctrina, que se nos quiere hacer beber, provoca. Enseñar á las multitudes la excelencia de la religión del éxito, á toda costa, es contribuir al imperio del bizantinismo, á la prostitución del carácter, al repudio de la nobleza del ideal y de la honesta convicción: todo habría que sacrificar, sin escrúpulo alguno, ante el altar de este nuevo minotauro, y la vanidad haría fácilmente calle á la infamia de su limpieza. ¿Para qué, entonces, el estudio, la honradez, la fortaleza? Llegar á la meta: eso es todo, aun cuando el demonio conduzca á la afrenta! Cabalmente en esta época en que el carácter es la cualidad más desmeдрada, en que los «triunfadores» — caudillos políticos, potentados del dinero, magnates de la industria, — buscan instrumentos en vez de colaboradores; máquinas humanas que ejecuten sin observación, en lugar de ayudantes que puedan discutir; prefiriendo rodearse con personalidades que, por el hecho de serles inferiores, den más realce para que resplandezca mejor su «grandeza», subiéndoles así el color á las propias acciones: precisamente elige este momento histórico tan grave filósofo, para escribir un libro que endiosa al éxito ciego; que se prosterna ante él; que, con grandes alaridos y grito tremendí-